

CUADERNOS DE HISTORIA 56

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE - JUNIO 2022: 39-63



EL INTELLECTUAL DURANTE LA UNIDAD POPULAR: UN ANÁLISIS A TRAVÉS DE LAS REVISTAS *CHILE HOY*, *LA QUINTA RUEDA* Y *PUNTO FINAL*

*Danny Monsálvez Araneda**
*Maira Máximo Nascimento***

RESUMEN: El siguiente artículo tiene como objetivo principal analizar la importancia que tuvieron las revistas *Chile Hoy*, *La Quinta Rueda* y *Punto Final* como espacios prominentes de discusión política e intelectual de las izquierdas durante el gobierno de la Unidad Popular. A través de sus páginas, el intelectual, la producción del conocimiento y el compromiso político pasaron a desempeñar un papel central a la hora de las luchas políticas, sociales, culturales y el debate de ideas en aras de la construcción del socialismo en Chile entre los años 1970 y 1973.

PALABRAS CLAVES: Chile, Unidad Popular, intelectuales, izquierda, revistas.

* Profesor Asociado en el Departamento de Historia de la Universidad de Concepción, Chile. Integrante del Grupo de Investigación Ciencia, Desarrollo y Sociedad de la Universidad de Concepción (CIDESAL). Doctor en Historia. ORCID ID: 0000-0001-7132-5468. Concepción, Chile. Correo electrónico: dannymonsalvez@udec.cl

** Magíster en Historia por la Universidad de Concepción. Santiago, Chile. Correo electrónico: mairamnascimento@gmail.com

*THE INTELLECTUAL DURING THE POPULAR UNITY:
AN ANALYSIS THROUGH THE MAGAZINES CHILE HOY, LA QUINTA RUEDA
Y PUNTO FINAL*

ABSTRACT: The following article has as principal objective analyze the importance that have Chile Hoy, La Quinta Rueda and Punto Final magazines as prominent spaces of political and intellectual discussions from the political left-wing during “Unidad Popular” government. Through their pages, the intellectual, the knowledge production and political commitment become to play a central role when it’s time of political, social and cultural struggles and debates of ideas for the sake of the construction of socialism in Chile between 1970 and 1973.

KEYWORDS: Chile, Unidad Popular, Intellectuals, Left, Magazines

Recibido: 15 de abril de 2020

Aceptado: 21 de diciembre de 2020

Introducción

En el año 2020 se cumplieron cinco décadas del triunfo de Salvador Allende en la elección presidencial de 1970. La victoria alcanzada por el abanderado de la Unidad Popular (UP) en la elección de aquel año puede ser considerada como la cúspide, el máximo logro electoral de un proceso de ascensión de los proyectos políticos de las izquierdas, no solamente en Chile, sino en América Latina de manera general¹. Es cierto, por ejemplo, que a esa fecha, en Brasil, la dictadura militar ya había cumplido seis años de su instalación y vivía su fase de más dura represión; sin embargo, el triunfo electoral y los años del proyecto de la *vía chilena al socialismo*; es decir, la construcción del socialismo de forma institucional y democrática significó un momento de efervescencia de los largos años sesenta, los que fueron marcados por una sensibilidad muy particular en el continente latinoamericano y en todo el mundo. La época² de los años 1960 y 1970, como lo define Claudia Gilman, fue especialmente pródiga para las izquierdas y

¹ Pérez, 2019, pp. 22-43.

² La historiadora uruguaya Claudia Gilman utiliza el concepto de época para definir el bloque conformado por las décadas de 1960 y 1970. Según la autora, una época es “*un campo de lo que es públicamente decible y aceptable –y goza de la más amplia legitimidad y escucha– en cierto momento de la historia, más que como un lapso temporal fechado por puros acontecimientos, determinado como un mero recurso ad eventa*”, Gilman, 2003, p. 36.

puede ser enmarcada entre el triunfo de los guerrilleros cubanos, en 1959, y el golpe de Estado de 1973 por parte de los militares chilenos.

Es, también, en ese período cuando estalla el *boom* de la literatura latinoamericana, fenómeno literario en el cual la narrativa producida por escritores de América Latina alcanzó reconocimiento y relevancia a escala mundial. Este fenómeno, que podemos considerarlo como intelectual y cultural en amplios aspectos (incluyendo el mercadológico), puso la figura del intelectual en una posición de destaque en la esfera política y pública³. El momento era de la Guerra Fría, la guerra de Vietnam, las luchas anticoloniales en África y Asia, el movimiento *Black Power* y de los Panteras Negras, la consolidación de la Revolución cubana y la expansión de movimientos guerrilleros por toda América Latina⁴.

Los sesenta y los setenta se configuraron como la época de oro de las izquierdas, así como de los intelectuales. La posición crítica tradicionalmente atribuida a ellos convirtió en casi mecánica la asociación del intelectual con las transformaciones sociales y las ideas de revolución. Es en este contexto donde grupos de intelectuales se organizaron alrededor de ideas y objetivos políticos comunes, creando sus formas propias de participación en los destinos políticos y sociales de sus pueblos⁵. Al respecto, Pablo Ponza señala que para los años sesenta y setenta tres fueron los textos que ejercieron decisiva influencia en las conceptualizaciones de la lucha armada que realizaron los intelectuales en Argentina y América Latina: *Los Condenados de la Tierra* de Franz Fanon, *La Guerra de Guerrillas* de Ernesto Guevara y *¿Revolución en la Revolución?* de Régis Debray. En estos tres textos se puede apreciar la rebelión de los hombres ante el sufrimiento. No tolerar la desigualdad, pobreza, miseria ni el abuso de los poderosos. En segundo lugar, “vieron un proceso de continuidad en los alzamientos armados por la independencia que vivían algunos países del Tercer Mundo”. Y, por último, la racionalización de la violencia como proceso de liberalización catártico de la subjetividad, la moral y la conciencia sometida del hombre. Además, en todo ese proceso, la única política posible era hacer la revolución y la única vía para aquello era la lucha armada, “todo el resto era parte del campo reformista”; es más, “había llegado la hora de abandonar la máquina de escribir y empuñar el fusil”⁶. No obstante, habría que agregar la importancia que tuvo la creación en 1967 de la Organización Latinoamericana

³ Albuquerque, 2011.

⁴ Nercesian, 2013; Pérez y Pozzi, 2011; Marchesi, 2006.

⁵ Ponza, 2007 y 2008; Lozoya, 2013.

⁶ Ponza, 2010, pp. 126, 127 y 138.

de Solidaridad (OLAS), la cual contribuiría a la unión, coordinación e impulso de la lucha contra el imperialismo estadounidense⁷.

En Chile, la participación política organizada y pública de grupos de intelectuales de izquierda ya era una realidad creciente desde antes del triunfo de la Unidad Popular en 1970. La reforma universitaria que atingió a varias instituciones del país durante el gobierno del demócratacristiano Eduardo Frei Montalva fue parte de un proceso de politización del estudiantado y de sectores ligados a la actividad universitaria y cultural del país. Inmersos en la ya mencionada sensibilidad de los sesenta, esos grupos pasaron a exigir una relación de compromiso de la universidad con la sociedad. Esto es, que las instituciones universitarias dejaran de ser un espacio solamente de enseñanza académica, para que fuesen un lugar de reflexión y que se relacionaran de manera constructiva y transformadora con la realidad nacional⁸. Con la reforma en marcha, surgieron dentro de varias universidades centros de investigación y divulgación que se conformaron en espacios de producción del conocimiento y de sociabilidad intelectual, muchos de los cuales culminaron, además, en actuación directa en la vida política del país⁹.

Es imprescindible destacar el influjo de la Revolución cubana como elemento catalizador de la política latinoamericana del período y de la influencia que este evento provocó en su intelectualidad. De hecho, se puede decir que alrededor de los sucesos cubanos, más específicamente de la defensa de la revolución, se configuró una comunidad latinoamericana de intelectuales. Estos fueron impelidos por el peso que se les concedió en el ámbito público debido al *boom* de la literatura al utilizar su voz para hablar por las causas de su pueblo¹⁰.

Para la constitución de esa comunidad intelectual a nivel continental fueron fundamentales algunos espacios específicos de sociabilidad, entre los cuales destacamos varios congresos realizados a lo largo de los años sesenta y setenta. Eventos cuyas propuestas iniciales se centraron en fines literarios y académicos; no por nada la gran parte de ellos se dio en el ámbito universitario, aunque al

⁷ Marchesi, 2019, p. 75

⁸ Casali, 2011, pp. 81-101.

⁹ Podemos destacar como importantes ejemplos el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) de la Universidad de Chile y el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) de la Universidad Católica, ambos fundados en la década de 1960, con la intención de reflexionar respecto a las realidades nacionales y latinoamericanas, en el sentido de aproximar la producción académica-científica a la sociedad. La configuración de los dos centros puede ser considerada como fruto de la reforma universitaria realizada en Chile durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva.

¹⁰ Maccioni, 2018.

fin se convertían en momentos de construcción y fortalecimiento del discurso político en pro del compromiso con las luchas por la liberación¹¹ del Tercer Mundo del yugo del capitalismo imperialista.

Será en el marco de este proceso histórico, cuando el intelectual de izquierda, la producción del conocimiento y el compromiso con las luchas políticas, sociales y los proyectos revolucionarios alcancen su momento más alto¹². En ese momento, las revistas pasaron a desempeñar un papel central a la hora del debate de ideas y la batalla cultural por la construcción de hegemonía¹³. Revistas como *Casa de Las Américas*, *Libre Mundo Nuevo* y *Marcha* fueron fundamentales para la constitución de una comunidad intelectual latinoamericana y un campo cultural políticamente fiel a la izquierda a nivel continental.

Para el caso chileno, hemos seleccionado las revistas *Chile Hoy*, *La Quinta Rueda* y *Punto Final*, ya que estas se convirtieron en espacios prominentes de discusión de las izquierdas en Chile durante el gobierno de Salvador Allende. No menos importante que ello es el hecho que la discusión sobre cultura en el periodo de la Unidad Popular, se dio fundamentalmente en el seno de las izquierdas. Esta discusión estuvo íntimamente relacionada con la propuesta de transición al socialismo elegida en septiembre de 1970. Es decir, solamente es posible pensar en tal debate considerando el proceso de construcción socialista a través de la vía institucional y democrática que se planteó en Chile en los días del presidente Allende, así como los debates motivados por ello.

En este proceso, el oficio de las historiadoras e historiadores consiste en entender sus sujetos y objetos de análisis insertados en una determinada historicidad. Por ende, sería un equívoco pensar sobre los discursos, diálogos y pugnas que se desarrollaron en las revistas aquí señaladas, desconsiderando el contexto en que se dieron, en el cual la transición al socialismo o la “vía chilena al socialismo” sobresalía como catalizador de los debates políticos e intelectuales dentro de las izquierdas en Chile.

Punto a parte en el presente escrito lo constituye el esfuerzo por avanzar en una línea de investigación poco desarrollada por la historiografía chilena cuando se aborda el gobierno de la Unidad Popular, la cual dice relación con la historia intelectual o de los intelectuales. Al revisar la producción de saberes e investigaciones sobre el gobierno de Allende, es posible observar que allí destacan los trabajos que abordan el tema desde el punto de vista de los partidos,

¹¹ Devés, 2003, pp. 157-191.

¹² Castañeda, 1994.

¹³ Sarlo, 1992; Alburquerque, 2010, pp. 1-16; Prislei, 2015; MacQuade, 1993.

actores sociales, proceso político y el papel de las Fuerzas Armadas, siendo muy pocos o acotados los artículos que dan cuenta del campo intelectual¹⁴; por tal motivo, el presente artículo busca hacerse cargo de ese vacío o deuda, intentando aportar algunos elementos para la discusión, debate y producción del conocimiento desde la disciplina histórica en el terreno de la historia intelectual o de los intelectuales en el Chile reciente.

Las tres revistas: características generales

Manuel Cabieses, periodista que había sido militante del Partido Comunista de Chile (PCCh), a comienzo de los años sesenta ingresó a la redacción del diario de izquierda *Última Hora*, donde consolida buena amistad con Mario Díaz, con quien fundará, en 1965, la revista *Punto Final*. Inicialmente, publicada como folleto con un único reportaje se proponía como un periódico “democrático y de avanzada”; se creía que “las grandes masas son las protagonistas de la historia y se coloca(ban) a su servicio”¹⁵. Este fue su formato de publicación en los primeros diez números, cuando, por influencia de Jaime Barrios Meza¹⁶, exmilitante comunista recién llegado de Cuba, el folleto se convirtió en una “revista quincenal de asuntos políticos, informativos y culturales”¹⁷.

Con la reestructuración, *Punto Final* se asumió como “una tribuna del pensamiento revolucionario”¹⁸ incorporando a su Consejo de Redacción, además de Manuel Cabieses, a Mario Díaz y Jaime Barrios, a Carlos Jorquera o el “Negro” Jorquera, amigo de Salvador Allende, periodista que había vivido con Manuel Cabieses en Venezuela a fines de la década de 1950, siendo también su colega en la redacción de *Última Hora*; Augusto Olivares, el “Perro” Olivares, también muy cercano a Salvador Allende —quien muere en La Moneda el fatídico 11 de septiembre—, militante del Partido Socialista (PS) que llegaría a

¹⁴ Entre ellos podemos mencionar los siguientes: Durán, 2018, pp. 75-108; Briceño, 2020, pp. 292-311; Zamorano, 2016, pp. 215-235; Zarowsky, 2016, pp. 133-148; Fernández, 2011, pp. 65-84; Mulas, 2005, pp. 80-87; Devés, 2006, pp. 138-167; Lozoya, 2016, pp. 99-118; Altamirano, 2019, pp. 29-49; Delgado, 2009, pp. 57-72; Alburquerque, 2014.

¹⁵ *Punto Final*, Santiago, septiembre de 1965, p. 1.

¹⁶ Cabieses, 2015, p. 5.

¹⁷ *Punto Final*, Santiago, 2ª quincena de agosto, 1966, p. 1.

¹⁸ Así se presenta la revista desde el número 73 (28 enero de 1969) hasta su última publicación antes del golpe militar, el mismo martes 11 de septiembre de 1973. Sin embargo, Manuel Cabieses, en sus memorias, asegura que fue Jaime Barrios el responsable, en 1966, por proponer que *Punto Final* “sirviera de tribuna a las ideas revolucionarias en Chile”, Cabieses, 2015, *op. cit.*, p. 51.

ser director de Televisión Nacional durante los años de gobierno de la Unidad Popular, también integrante del equipo periodístico de *Última Hora*; el abogado Jaime Faivovich, militante socialista que sería intendente de Santiago durante el gobierno de Allende; el periodista socialista Hernán Uribe Ortega; Augusto Carmona, militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) que trabajaba en el Canal 9 de televisión y el poeta Hernán Lavín Cerda, también colaborador de *Última Hora*.

Con el transcurrir del tiempo se sumaron también como colaboradores frecuentes la periodista Gladys Díaz, miembro del comité central del MIR en los años setenta, el poeta argentino Julio Huasi y José Cayuela, los tres, posteriormente, también partícipes de la redacción de *Chile Hoy*, donde el último sería su jefe de redacción y editor nacional; el profesor e historiador vinculado al MIR Fernando Mires; Régis Debray, el afamado intelectual guerrillero que luchó con el Che en Bolivia; José Carrasco, periodista también militante del MIR; el escritor Carlos Droguett, también cercano al MIR; el escritor uruguayo Ángel Rama; Orlando Rodríguez, profesor de la Universidad Católica de Santiago; Roberto Fernández Retamar, intelectual cubano, director de la revista *Casa de las Américas*; Víctor Vaccaro, investigador vinculado al CESO; la actriz Inés Moreno; Haydée Moreno y Jane Vanini –pareja de José Carrasco, brasileña miembro de la Organização Revolucionária Marxista-Política Operária (POLOP), venida exiliada junto a Theotônio dos Santos, Vânia Bambilra y Ruy Mauro Marini y militante del MIR en Chile– las tres últimas, secretarías de la revista hasta 1973.

En el período estudiado, comprometerse con las izquierdas significaba, fundamentalmente, ser partidario del antiimperialismo, el socialismo, la liberación de los pueblos del llamado Tercer Mundo. En *Punto Final*, además, esencialmente se defendía la revolución, en donde la única posibilidad de llevarla a cabo era a través de la lucha armada. Ello incurrió, en muchos momentos, en discordancias entre las ideas vehiculadas en la revista y la postura político-ideológicas de transición al socialismo por medio de la vía pacífica e institucional de la Unidad Popular. En ese sentido, la relación entre *Punto Final* y la Unidad Popular puede ser dividida en dos fases. La primera, desde la elección de Salvador Allende hasta comienzos de 1972, en que la revista consideraba el triunfo de la UP como una victoria del pueblo, la cual debería ser defendida por representar una importante etapa en el proceso revolucionario. Esto, sin embargo, no significó el abandono de la lucha armada como principal camino hacia el socialismo. Lo que se planteaba en ese momento era que el gobierno de la Unidad Popular proporcionaría el crecimiento de la organización popular y potenciaría la lucha de clases. Según esta lógica, esa etapa llevaría, inevitablemente, al conflicto armado y a la instalación de la revolución.

La segunda fase se identifica desde mediados de 1972 a la fecha del golpe militar, cuando es clausurada la revista, acompañando la crisis que empieza a enfrentar el gobierno de Allende y que se va agudizando hasta su punto máximo en septiembre de 1973. En ese momento, la revista se posiciona más críticamente en relación con la UP, especialmente hacia las medidas adoptadas por el gobierno en el intento de solucionar la crisis. Tales medidas, de manera muy general, consistían en acuerdos e intentos con la Democracia Cristiana para posibilitar la mantención del gobierno y de contener la crisis. En este sentido, en *Punto Final* se apuntaba que esas disposiciones significaban políticas de transacciones y concesiones al capital imperialista y, por lo tanto, deberían ser combatidas por aquellos que militaban en la revolución. Asimismo, en la medida que avanzaba la crisis, la vía institucional hacia el socialismo perdía cada vez más credibilidad y la violencia revolucionaria se volvió cada vez más urgente en sus páginas. No obstante, eso no significó la retirada del apoyo estratégico de los revolucionarios congregados en la revista al gobierno popular, pero sí la demanda por el cumplimiento del programa de gobierno, sin concesiones ni retrocesos, muy por el contrario, se defendía que era el momento de avanzar cada vez con más vehemencia hacia la revolución.

Con un formato bastante parecido al de *Punto Final*, surgió en junio de 1972 *Chile Hoy*, revista que trató de temas políticos, económicos y culturales. En nota firmada por los directores en su primer número, se advirtió a los lectores que “este semanario no expresa la opinión de partido alguno. Por el contrario, se propone recoger y presentar todas las opiniones y planteamientos de quienes luchan por la construcción del socialismo en nuestro país”¹⁹.

Impresa en los talleres de la Editorial Nacional Quimantú, *Chile Hoy* era dirigida por Marta Harnecker, entonces militante del PS. Además de Harnecker, el comité editor estaba compuesto por Jaime Barrios, los brasileños Theotônio dos Santos y Ruy Mauro Marini, Pío García, Alberto Martínez y Enrique París, todos intelectuales miembros del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile (CESO)²⁰ y cuyas carreras empezaban a destacar en el campo de las ciencias sociales en América Latina. Debido a la formación intelectual y profesional de sus editores y editora –mayoritariamente cientistas políticos y sociales y economistas– los textos publicados en la revista poseían el carácter de análisis más profundos y basados en el conocimiento académico, buscando cumplir con el objetivo de llenar el vacío teórico en el cual se encontraba la izquierda chilena en aquel periodo, según planteaban en sus primeros números.

¹⁹ *Chile Hoy*, Santiago, 16-22 de junio de 1972, p. 3.

²⁰ Cárdenas, 2015.

Todos los miembros del comité editor de *Chile Hoy*, además de muchos de sus colaboradores/as, tenían relaciones estrechas con partidos que formaban parte de la Unidad Popular, especialmente con el Partido Socialista y, en algunos casos, con el PCCh, lo que implicaba una significativa cercanía al gobierno. Lo que, de manera general, representó la creencia en la “vía chilena al socialismo” y su defensa; sin embargo, no era desconsiderado el contexto latinoamericano y, en una escala más amplia, tercermundista, de lucha armada revolucionaria.

La Revolución cubana –el paradigma de las izquierdas latinoamericanas en los sesenta y setenta– era para *Chile Hoy* (así como para *Punto Final*, también para *La Quinta Rueda*) la gran referencia. Por consiguiente, había un importante espacio en la publicación para el reporte y análisis de la lucha armada en el Tercer Mundo. Sin embargo, se proyectaba para Chile el camino democrático y pacífico como posible, el cual debía ser sostenido. No obstante aquello, también era posible apreciar críticas puntuales a la conducción de la transición al socialismo liderada por Salvador Allende.

Se percibe en *Chile Hoy* una doble orientación en lo que se refiere a su público. Por un lado, su carácter analítico-teórico hace que adquiriera un lenguaje bastante denso, por momentos más cercano al mundo universitario. Por otro, existe la clara intención de que las discusiones planteadas alcancen a un público más amplio. La primera página de la revista, desde el número uno hasta el último, estaba dedicada a la correspondencia de los trabajadores chilenos, lectores que *Chile Hoy* esperaba alcanzar. Como da cuenta un anuncio del número 61, el público de la revista era “dirigentes de trabajadores, dirigentes políticos, estudiantes y profesores, profesionales y técnicos, hombres y mujeres que buscan información y orientación”²¹.

En cuanto a los asuntos que se dedicaban, *Punto Final* y *Chile Hoy* eran bastante cercanas, como recientemente hemos mencionado. La mayoría de las páginas de ambas revistas versaba sobre política y economía, aunque era también relevante el espacio para otros temas.

La Quinta Rueda, publicación que se definía como cultural, cuyo cuerpo editorial y demás colaboradores/as, estaba formado por intelectuales de carreras consolidadas en Chile y América Latina. Su primer número apareció en octubre de 1972 bajo el sello de la Editorial Nacional Quimantú, con el objetivo, según sus editores, de reflexionar sobre la realidad política y social chilena a través del panorama de la cultura. Como punto central de la revista estaba la crítica a la ausencia de una política cultural sistematizada por parte del gobierno de la

²¹ *Chile Hoy*, Santiago, 10-16 de agosto de 1973, p. 26.

Unidad Popular. Según consta en el primer número, la cultura hasta entonces era tratada por el gobierno popular como “la quinta rueda del coche”²².

Figuraban como cuerpo editorial de *LQR*: Hans Ehrmann, periodista y crítico de cine; Antonio Skármeta, director de teatro, escritor y miembro del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU); Carlos Maldonado, crítico de teatro, miembro del PCCh; y Mario Salazar, productor musical y teatral, sociólogo y miembro del Partido Socialista, el cual será sustituido posteriormente por Alfonso Calderón, escritor y crítico literario, también afiliado al Partido Socialista. Las filiaciones políticas de los editores –además las de diversos colaboradores y colaboradoras– evidencian la cercanía con el gobierno de Allende.

La vía propuesta por la Unidad Popular para promover la transición al socialismo no es cuestionada en la revista, aunque el punto central que motivó su aparición haya sido la reprobación a la manera como el gobierno popular trataba la cultura. En ningún momento *La Quinta Rueda* se caracterizó como oposición a aquello. Por el contrario, su crítica se daba en el sentido de profundizar la transición al socialismo por medio del camino sostenido por la Unidad Popular.

Su cierne era, por lo tanto, reflexionar respecto a las posibilidades de construcción de una política para la cultura, involucrando los más diversos agentes de la producción cultural chilena, llamando la atención para la responsabilidad del poder institucionalizado en esta construcción.

La revista publicó, en este sentido, artículos, entrevistas, críticas literarias, teatrales y de cine, además de cuentos y poemas de varios autores chilenos y latinoamericanos. Entre sus colaboradores, estuvieron Orlando Rodríguez, Carlos Olivares, Carlos Droguett, José Donoso, Miguel Littin, Volodia Teitelboim, Víctor Jara, Eduardo Galeano, Glauber Rocha, Roberto Fernández Retamar, entre muchos otros y otros intelectuales reconocidos en América Latina.

En la publicación, se confiere gran destaque para el momento de ebullición cultural vivido en Chile aquellos años, no siendo pocas las observaciones respecto a como nunca antes hubo tanta movilización popular alrededor de la producción cultural en el país. De esta forma, se denunciaba la falta de atención del gobierno hacia esta producción, sosteniendo la necesidad de organización y sistematización de la cultura como fundamental para el proceso de construcción del socialismo. Pese al rol primordial otorgado al Estado en ese ámbito, otros sectores sociales estaban incluidos en el debate, como también responsables en la generación de una política que lograra transformar culturalmente Chile.

²² *La Quinta Rueda*, Santiago, octubre de 1972, p. 12.

Entre ellos estaban los intelectuales y artistas, de manera conjunta, como agentes esenciales en la constitución de la política cultural. La discusión respecto al papel del intelectual en la sociedad y, sobre todo, en los procesos de lucha por la liberación de los pueblos, fue uno de los temas más abordados en la revista.

En los nueve números publicados, no hubo consenso o una sola conclusión respecto a la política cultural que se pretendía. Lo que sí reverberó fue la consciencia de que lo vivido en el entonces Chile era único, en donde la realidad era densa y su asimilación no era sencilla. Se entendía que ese momento, de cambio profundo, era único e inédito y, por lo tanto, cualquier política cultural a ser planteada debería estar acorde con su particularidad. “Nacer con lo nuestro” era uno de los principios básicos de *La Quinta Rueda*. Esa afirmación, retirada de su segunda editorial revela, al mismo tiempo, la defensa de una “vía chilena al socialismo” para la cultura y la crítica a la dependencia cultural de Chile, provocada por el capitalismo imperialista²³.

El Chile de la Unidad Popular: Revistas y politización de la cultura

Desde los años sesenta, se desarrollaron en Chile un sinnúmero de actividades políticas y culturales, donde varias ciudades chilenas fueron escenario de encuentros y congresos de intelectuales en los cuales se discutió respecto a sus áreas de interés, como literatura, poesía, artes, ciencias sociales y filosofía entre otros²⁴, pero sobre todo se convirtieron en espacios de reflexión respecto al papel del intelectual en los procesos sociales por los cuales América Latina y el Tercer Mundo estaban atravesando²⁵.

En el mismo sentido, fueron creadas diversas agrupaciones de intelectuales por todo el país, las cuales, por lo general, tenían como objetivo el debate y la producción colectiva en sus áreas específicas. Al respecto, podemos mencionar al Trilce, grupo de poetas fundado en Valdivia el 1964; el también grupo de poetas Arúspice, fundado en 1965 en la ciudad de Concepción; la agrupación

²³ *La Quinta Rueda*, Santiago, noviembre de 1972.

²⁴ Bradu, 2019. Varios fueron los eventos dedicados a la discusión intelectual en el período. Destacamos: *Encuentro de Escritores en Concepción y Chillán*, 1958; *Congreso de Escritores de Concepción*, 1962; *Primera Conferencia de Artista y Escritores de América*, Concepción, 1964; *Primer Encuentro de la Comunidad Cultural Latinoamericana*, Arica, 1966; *Encuentro Latinoamericano de Escritores*, Concepción, Santiago y Valparaíso, 1969; *X Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)*, Santiago, 1972; *Simposio sobre Transición al Socialismo y Experiencia Chilena*, Santiago, 1971; *Conferencia UNCTAD*, Santiago, 1972, entre muchos otros.

²⁵ Terán, 1991.

literaria Tebaida, creada en Arica en los años sesenta; la Tribu No, agrupación de artistas fundada en Santiago en el mismo período; el Taller de Escritores de la Universidad Católica de Santiago, que es fundado en 1969 y que va derivar posteriormente en el Taller de Escritores de la Unidad Popular; el CEREN, también de la Universidad Católica y el CESO de la Universidad de Chile. Estos grupos y otros más que no nos alcanzarían las páginas aquí para mencionar, fueron generados a partir de relaciones profesionales y de intereses artísticos o intelectuales comunes. Sin embargo, se constituyeron también como espacios de relaciones de afectividad de las más diversas expresiones. La mayoría se dio alrededor del espacio universitario, pero también cierta proximidad con el medio artístico. Por último, y no menos importante, estos grupos, en gran parte de las veces, se formaron alrededor de perspectivas políticas comunes y se relacionaron de acuerdo con las militancias de sus asociados.

Asumiendo el rol que el período les confería, los intelectuales organizados se preocupaban por intervenir directamente en la sociedad. La palabra –en aquel momento, sobre todo la escrita– era la herramienta de los intelectuales por excelencia. Una de las formas más comunes de intervención directa utilizada por esos grupos era la publicación de periódicos, donde las revistas pasaron a ocupar un papel y espacio muy relevante²⁶.

Entendiendo que esos espacios fueron utilizados, además, para pensar el rol de sus protagonistas y su quehacer en los procesos sociales en los cuales estaban insertos, hemos seleccionado, como señalamos en líneas anteriores, estas tres publicaciones para el análisis del papel conferido a los intelectuales en una época tan particular como fue la experiencia de la Unidad Popular.

Intelectuales bajo el Chile de la Unidad Popular: debates y culturización de la política

En *Chile Hoy*, *La Quinta Rueda* y *Punto Final* el rol del intelectual en la sociedad y, más específicamente, en el proceso de transición al socialismo, consistió en un prominente debate. El destaque se da debido a dos razones. Por un lado, durante la segunda mitad del siglo XX comenzó a despertar el interés de las izquierdas tercermundistas por el tema de la cultura. En este ámbito, el intelectual ocupaba la posición –privilegiada– de organizador y agente creador. Por otro lado, estaba la idea predominante en el período que ser intelectual era,

²⁶ Beigel, 2003, pp. 105-115; Ponza, 2007, *op. cit.*

casi simultáneamente, ser crítico a los poderes hegemónicos. Súmase a ello el contexto de exigencia de participación en la vida política²⁷.

Los agentes de las discusiones planteadas en las publicaciones eran sus propios protagonistas. Por lo tanto, lo que se discutía en ellas en este sentido, más allá de la expresión de opiniones hacia un determinado público, representaba un proceso de reflexión entre pares sobre su propia actividad y la relación de esta con la realidad puesta por la atribulada coyuntura.

La bases teóricas e ideológicas de las revistas –todas marxistas, aunque influenciadas por distintas vertientes– postulaban que la lucha contra el capitalismo y el imperialismo debería darse en los frentes económico, político e ideológico; en donde el último corresponde al principal frente de actuación de los intelectuales. Es importante resaltar que en ese caso la ideología es entendida como sistema de ideas, más que específicamente a determinada postura política. Como productores de representaciones del mundo social²⁸, los intelectuales tendrían un importante rol en la batalla ideológica, eso es, en la lucha por destruir el sistema de ideas que sostenía al capitalismo y construir la consciencia que permitiría la transformación al socialismo.

En *Punto Final*, *Chile Hoy* y *La Quinta Rueda*, de manera general se entendía por intelectual a aquellos o aquellas que se dedicaban a la producción de sentido crítico y lo materializaban por medio de la palabra. En las tres revistas se compartía la perspectiva que el sistema capitalista era el responsable de la división social del trabajo, según la cual las actividades manuales y físicas estaban apartadas de las intelectuales. Además, en Chile, así como en todo el Tercer Mundo, los intelectuales pertenecían a la élite cultural del país y estaban mucho más cercanos a las clases medias y altas de la sociedad que del pueblo. La consciencia de esta realidad planteaba uno de los problemas o contradicciones fundamentales del ser intelectual en el Chile de aquel contexto: hablar por el pueblo sin ser, efectivamente, parte de él.

El análisis de los discursos de las revistas evidencia el hecho que los intelectuales y el pueblo estaban separados, o bien, que aquellos se encontraban fuera del conjunto denominado el pueblo o las masas. Esto se nota, en primer lugar, por el lenguaje utilizado en las publicaciones. El pueblo, para los autores de los textos publicados (intelectuales), estaba siempre en tercera persona. El pueblo era siempre *el* pueblo. O sea, pueblo e intelectuales rarisimas veces conformaban un *nosotros*. Lo que se advierte, por ejemplo, con significativa

²⁷ Funes, 2014.

²⁸ Bourdieu, 2003, pp. 3-8.

impronta en el artículo de María Elena Claro publicado en *LQR*, en donde habla acerca de su trabajo como profesora universitaria y afirmaba que “[le] parecía una falta de sentido estar acá y quería dejar la Universidad para trabajar *con el pueblo, ser pueblo, en el pueblo*”²⁹.

No ser parte del pueblo incurría, por lo tanto, en pertenecer a su clase antagónica, la burguesía. Este era el defecto original de los intelectuales, lo cual derivaba en muchas contradicciones. La primera de todas era la desconfianza, en cierta medida, sobre la propiedad del intelectual para hablar sobre el pueblo. Es decir, por originarse de la burguesía o, principalmente, poseer una formación burguesa, los intelectuales tenían el riesgo de no estar de hecho comprometidos con la clase por la cual hablaban.

La división de clases que provocaba lo anterior era justamente lo que el socialismo proponía eliminar. Por lo tanto, debiendo trabajar en el sentido de la liberación de las masas –que solamente el socialismo podría promover, de acuerdo con la lógica defendida en las publicaciones y sus contextos–, los intelectuales estaban comprometidos a participar del proceso de su propia extinción. Esto es, de la eliminación de la intelectualidad como una clase o una categoría específica y privilegiada. Ello, por supuesto, generaba inúmeras ambigüedades con las cuales los intelectuales deberían lidiar y superar en el proceso de liberación. La función principal del intelectual consistía, en ese sentido, como pieza clave en la lucha ideológica, actuar en la construcción de una conciencia nueva, anticapitalista y antiimperialista.

La principal cuestión que le rondaba, pues, era cómo hacerlo, especialmente considerando las contradicciones que implicaban su posición de clase. Se pueden señalar, en esta dirección, dos medios por los cuales se planteaba lograr aquello. Primero, en la formación política de las masas, en la que el intelectual participaría de la construcción teórica y de la educación política del pueblo. Segundo, a través del campo cultural, en donde los intelectuales asumirían la función de organizadores, trabajando por el reemplazo de la cultura hegemónica capitalista por una socialista. En ese sentido, predominaba la idea de que “los grandes cambios los protagonizan los pueblos orientados por una correcta dirección política”³⁰; es decir, que el pueblo sea el motor de las grandes transformaciones históricas, sin embargo, no estaría habilitado para hacerlo solo. Para ello, era necesario la generación de una conciencia que permitiera realizar aquel proceso

²⁹ *La Quinta Rueda*, número 1, Santiago, octubre de 1972, p. 7.

³⁰ *Chile Hoy*, Santiago, 20-26 de octubre de 1971, p. 20.

y este solo se conseguiría a través de la formación política y cultural adecuada, y en esa tarea el papel del intelectual era fundamental.

Era predominante en las revistas la perspectiva que las masas eran las verdaderas protagonistas de los cambios sociales. Sin embargo, necesitaban una dirección política adecuada. En ese terreno, el marxismo-leninismo fue la principal influencia de las izquierdas chilenas previo al golpe de 1973. Obviamente, con innúmeros matices y otras influencias más, pero gran parte de la izquierda se identificaba de alguna manera con el marxismo-leninismo³¹. Adviene de ello la idea que las masas deberían organizarse sobre todo a través del partido. En este sentido, la construcción teórica y la formación ideológica deberían quedar a cargo de los intelectuales. Además, estos estaban imbuidos de tareas en la propaganda política, revelando los fuertes tintes leninistas que cargaban las revistas.

Por lo general, los intelectuales eran vistos como constituyentes de la vanguardia teórica de los procesos de cambio o, mejor dicho, de la vanguardia revolucionaria. Su oficio y posición social les dotaba, como ya hemos mencionado, del privilegio y del poder de la palabra, además de eso, del dominio de la creación. Para el contexto chileno, ese papel era todavía más importante.

La “vía chilena al socialismo” representaba, sobre todo, experimentación. Una experiencia política absolutamente inmersa en su contexto, no obstante, completamente novedosa tanto en Chile como en toda América Latina. Ello hacía que se entendiera como crucial el trabajo del intelectual, no solamente para legitimar la experiencia ante la sociedad, sino que en el sentido de lograr captar la agitada e intensa realidad del país en aquel momento. Además, el peso de la lucha ideológica se hacía más grande a medida que avanzaba el tiempo. Era necesario vencer al capitalismo en todos los frentes y, mientras más se tornaban evidentes las señales de la crisis de la Unidad Popular, más importante era la presencia de una adhesión al gobierno popular y a las políticas propuestas para que se hiciera posible la consolidación de su programa.

Lo anterior se refiere, fundamentalmente, a *Chile Hoy* y *La Quinta Rueda*, publicaciones que, como hemos señalado, se posicionaban dentro del bloque que componía la Unidad Popular. En el caso de *Punto Final*, el rol del intelectual también se ubicaba en el ámbito de la lucha ideológica, pero en un sentido algo distinto.

³¹ Moulian, 1983.

La defensa de la revolución armada fue, *grosso modo*, el sentido de la fundación de *Punto Final*. Lo mismo con la victoria de Salvador Allende y el proyecto de la UP y aun entendiendo que ello significaba una importante victoria popular y una etapa hacia la toma del poder por el pueblo y los trabajadores, la violencia revolucionaria no dejó de ser un referente en esa publicación. Por lo tanto, el intelectual en el Chile de aquel contexto debería actuar sobre todo en forjar una conciencia revolucionaria en el pueblo, agudizando la lucha de clases, lo que llevaría de acuerdo con la óptica de los editores y demás colaboradores de la revista, al inevitable enfrentamiento armado entre las clases.

Se señalaban en las revistas las preocupaciones acerca de los riesgos a los cuales la posición privilegiada de los intelectuales podría llevar. Por un lado, se consideraba como un gran peligro que se convencieran de que eran los únicos en poseer la capacidad creativa, lo que era entendido como una posición burguesa que, al fin, les alejaría de las masas y de sus verdaderas necesidades. En esta dirección, se incurriría en un paternalismo cultural, en que los intelectuales, pequeñoburgueses, se verían como guardianes de la cultura universal y su función, así se concentraría en transmitir esta cultura al pueblo inculto. Por otro, estaba la posibilidad de que el intelectual se hiciera popular abandonado su postura crítica, convirtiéndose en un populista. Es decir, el intelectual sería aquel que, partiendo de una idea abstracta del pueblo—originada por la lejanía a la clase obrera—simplificaría las creaciones culturales para hacerlas asequibles a las masas. Como solución para estas cuestiones, se defendía que era necesaria la proletarización del intelectual. O sea, que se hundiera de hecho en el pueblo, proletarizándose, que se viera como un trabajador común, como cualquier obrero.

Entre los propios intelectuales se produjo un discurso según el cual no era suficiente estar solamente comprometido con una causa sin que eso llevase a una acción práctica y directa. Entendiéndose como parte de la vanguardia de la creación teórica y artística en los procesos de liberación, ellos se asumían también responsables en la construcción del hombre nuevo latinoamericano. En esa dirección, se hacía necesario que se convirtiesen en el modelo que pretendían levantar.

Lo anterior implicaba abandonar los privilegios oriundos de su clase y del capital simbólico que representaban. El rol del intelectual en el proceso de liberación latinoamericano solo se cumpliría cuando este asumiera también su responsabilidad en la práctica cotidiana y material de la revolución. Solamente la lucha revolucionaria “hombro a hombro junto con los combatientes de primera línea [...] es capaz de romper la alienación”³².

³² *Punto Final*, Santiago, 11 de mayo de 1971, p. 3.

Para las izquierdas, Chile en aquellos años vivía una etapa del proceso de liberación del capitalismo imperialista, el cual había puesto al país en la situación histórica de dependencia³³ económica, tecnológica y cultural. De esta forma, los intelectuales, como actores fundamentales en el campo cultural de las comunicaciones y también de la ciencia, deberían cumplir un rol decisivo en el proceso de liberación de Chile y de América Latina. En primer lugar, asumiendo la responsabilidad en el trabajo teórico-político, participando de la educación política de las masas y en las funciones de agitación y propaganda, contribuyendo, así, en la batalla ideológica contra el capitalismo y en la creación de las condiciones subjetivas para la consolidación de la sociedad socialista. Por otra parte, estaban incumbidos de utilizar su capacidad creativa en aprehender la realidad chilena –tan intensa y compleja en aquel entonces– en la creación de formas teóricas que ofreciesen respuestas a las demandas surgidas del proceso chileno en los más diversos ámbitos.

Por último, las y los intelectuales comprometidos con la construcción del socialismo chileno deberían, fundamentalmente, trabajar en la elaboración de una nueva cultura –en su sentido más amplio– que reemplazara la cultura capitalista. Para tanto, deberían fomentar el surgimiento de intelectuales orgánicos en el seno del pueblo, eso es, que los trabajadores se convirtieran ellos mismos en los propios intelectuales representantes de su clase.

Intelectuales, revolucionarios y el hombre nuevo

La destrucción de la hegemonía capitalista suponía el establecimiento de una nueva moral; por un lado, una moral durante el proceso de transición que posibilitara su logro y, por otro, aquella que sería generada como producto del sistema socialista. Esta nueva moral o nueva conciencia a ser generada se

³³ El “dependentismo” es la tendencia de interpretación con base marxista que revisa la idea de “desarrollo” *versus* “subdesarrollo” económico, planteada por cientistas económicos y sociales vinculados a la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL), fundada en 1948, y que tuvo importante papel en la institución y la regionalización de las Ciencias Sociales en la región. Esa tendencia, que vigoró durante la década de 1950, defiende la división mundial del trabajo, en la cual los países “subdesarrollados” estarían técnica, científica y económicamente atrasados con relación a los países “desarrollados”. El dependentismo, que tuvo auge en las décadas siguientes, criticó esa concepción, sosteniendo que el problema era más profundo, pasando también por factores políticos y culturales. El concepto de “dependencia”, desarrollado y consolidado en las décadas de 1960-70, es utilizado para definir la relación entre las economías mundiales, en donde las riquezas de algunos países están condicionadas al desarrollo de otros países, lo que genera la subordinación de los primeros a los segundos.

materializó en la figura del “hombre nuevo”³⁴, que representaba el ideal hecho humano y, sobre todo, hecho hombre³⁵.

El hombre nuevo gana vida y popularidad desde la Revolución rusa, a partir de las representaciones difundidas por el realismo socialista³⁶. En América Latina el concepto cobrará fuerza con la llegada de los guerrilleros cubanos a La Habana. Para las décadas de 1960 y 1970 la Revolución cubana será el gran paradigma de las izquierdas latinoamericanas. La victoria de la lucha armada y la posterior adhesión al socialismo en la isla plantean para el continente la posibilidad cercana –que para la izquierda del período se va convirtiendo en necesidad– de hacer la revolución³⁷.

Cuba, como señala la historiadora Adriane Vidal Costa, se convirtió en la “Roma Antillana”³⁸, tanto para militantes de organizaciones políticas como para intelectuales. Para estos, la experiencia cubana sirvió no solamente como inspiración política, también como modelo de política cultural. En este sentido, el hombre nuevo pasa a ser tema central también entre las discusiones desarrolladas dentro de la comunidad intelectual latinoamericana.

El hombre nuevo era aquel que hacía la revolución y, a la vez, el generado por ella. Esta figura suponía la existencia total del individuo, en donde lo que era el trabajo manual, trabajo intelectual, vida personal y vida política no estaban separados. El hombre nuevo debería ser aquel que estaba dispuesto a abdicar de todo por la revolución, especialmente sus privilegios de clase. Asimismo, como estrategia de afianzamiento de la imagen del hombre nuevo se forjan arquetipos de

³⁴ Vezzetti, 2013, pp. 173 a 202.

³⁵ El hecho que el vocablo “hombre” se refiera a todo el conjunto de la humanidad revela la idea de la universalidad del género masculino. Esto es, que el hombre es el sujeto universal. Lo que desvela, pues, un sentido forjado a partir de concepciones patriarcales, o sea, de preponderancia masculina. Tras la Revolución cubana, en América Latina, el hombre nuevo va a representar el trabajador proletario, pero especialmente el guerrillero, el que abdica de todo para combatir por la clase oprimida (la que no necesariamente es la suya). Ese sujeto revolucionario latinoamericano es, ineludiblemente, un sujeto del género masculino. Con eso queremos decir que las principales características que ese hombre nuevo debería conllevar constituyen en su conjunto un ideal de masculinidad. El hombre nuevo revolucionario es la personificación de una conducta viril que se figura en aspectos como la demostración de la fuerza física, o más bien, de la valoración de la potencia corporal, la imposición de autoridad, el encubrimiento de emociones y sentimientos que no fuesen relacionados al amor por su pueblo, la estima por el honor y en la heterosexualidad obligatoria y, preferencialmente, activa. Para más sobre el hombre nuevo, género y sexualidad, ver Sandoval, 2001.

³⁶ Ferrero, 2002, p. 4.

³⁷ Rojas, 2019, pp. 189-196.

³⁸ Vidal Costa, 2009, p. 42.

sujetos sentados en el sacrificio personal, en el voluntarismo y en la solidaridad. Se generan, de ahí, héroes que sirven como modelos de la personalidad que el establecimiento del socialismo exige. Este ideal era proyectado para todos los individuos, independientemente de su clase, oficio o función ejercida en la comunidad. Por supuesto, sobre la figura del intelectual era proyectada la del hombre nuevo. Es más, como partícipe central en la formación de la nueva conciencia (la conciencia del hombre nuevo), el intelectual tenía la obligación ética de convertirse él mismo en el modelo que pretendía construir.

Lo anterior culminó en la exigencia de ciertas posturas de los intelectuales de izquierda. Ser hombre nuevo significaba ser revolucionario. Tanto desde afuera del grupo entendido como de los intelectuales, como entre los propios pares, aquellos que no actuaban como verdaderos revolucionarios eran moralmente condenados. Y ser revolucionario significaba, sobre todo, dedicar la vida a la práctica cotidiana de la construcción del socialismo. Especialmente para los partidarios de la vía armada, eso significaba incluso tomar el fusil. Este, por mucho tiempo, fue el mayor dilema de la comunidad intelectual latinoamericana. Ser un intelectual hombre nuevo y revolucionario significaba abandonar los privilegios pequeñoburgueses ligados a su oficio y estatus, además, reconocer que en muchos momentos es más importante y urgente tomar armas que escribir.

La idea del hombre nuevo tenía una fuerte presencia en las tres revistas estudiadas, pero con algunos matices que van de acuerdo con las posiciones ideológicas de cada una de las publicaciones. En *Chile Hoy* y *La Quinta Rueda* esa discusión se daba en la dirección de la necesidad de la participación del intelectual en las tareas materiales que imponía la transición socialista defendida por la Unidad Popular. Era necesario que, además de cumplir un rol fundamental en la formación teórica, política y cultural del pueblo, los intelectuales estuvieran, por ejemplo, presentes en la realización de trabajos voluntarios.

Es bastante fuerte, además, la idea de que el intelectual debería proletarizarse, dejando de conformar una categoría específica y privilegiada. Tal como lo expresa un artículo editorial de *La Quinta Rueda* respecto a la urgencia de implementar una política cultural para Chile, señala lo siguiente:

Después se produciría un trabajo que signifique la incorporación del intelectual al área misma del trabajo en general, como en el campo específico de la educación como plantea la ENU [Escuela Nacional Unificada, proyecto educacional de la Unidad Popular]. Hay que romper el cerco en que todavía se encuentra el

intelectual, vinculando su trabajo directamente con el de los demás trabajadores. Hay que transformar las cosas, pero transformándonos a nosotros mismos³⁹.

En *Punto Final* también se defendía la proletarización del intelectual y su inmersión en las tareas materiales que exigía el proceso de transición socialista. Sin embargo, como partidaria de la revolución armada, postulaba que los intelectuales deberían convertirse en verdaderos revolucionarios. Eso es, que los intelectuales deberían participar directamente de la constitución de la guerrilla y de los consecuentes enfrentamientos armados. En este sentido, el intelectual que lucha con el Che Guevara en la guerrilla boliviana, Régis Debray, que fue colaborador en *Punto Final*, puede ser tomado como un buen modelo de lo que debería ser el intelectual. Respecto a la situación chilena, específicamente se planteaba que, más que nada, los intelectuales deberían responder a lo que impusiera la coyuntura. Que deberían, de este modo, entender que en muchos momentos era más necesario un rifle que un poema, el trabajo en una fábrica estatizada o en el campo de la reforma agraria que una novela.

Un verdadero revolucionario, para *Punto Final*, estaba incondicionalmente con la revolución. Esto significaba, por lo tanto, el rechazo a la adhesión crítica a los procesos revolucionarios, lógica que planteaba que los intelectuales, aunque en favor de la revolución, mantendría su mirada siempre crítica, dándose la posibilidad de no estar de acuerdo o combatir posturas o medidas que considerasen reprochables por parte de los gobiernos revolucionarios. Esta posición se evidencia en la revista luego del famoso caso Padilla⁴⁰. Herbert Padilla, poeta cubano, que publicó textos críticos a la Revolución cubana, había sido condenado por el gobierno revolucionario por contrarrevolución. Cuando el caso sale a la luz, en el año de 1971, *Punto Final* dedicó varios artículos de diversos números a la discusión respecto al rol del intelectual en procesos revolucionarios y en la liberación de América Latina de modo general. En esos artículos se defendió al gobierno de Fidel Castro sin restricciones, mientras que Padilla y los demás intelectuales que se pronunciaron en su favor, fueron

³⁹ *La Quinta Rueda*, número 6, Santiago, mayo de 1973, p. 3.

⁴⁰ El “caso Padilla” fue la polémica causada en el mundo intelectual latinoamericano luego de la condenación del poeta cubano Herbert Padilla por el gobierno revolucionario cubano, acusado de contrarrevolucionario. Las acusaciones partieron después de una serie de textos de Padilla, críticos a la Revolución cubana. Padilla, en el año de 1971, es arrestado y obligado a disculparse públicamente en un discurso de autocritica pronunciado en el Congreso de Educación y Cultura del mismo año en La Habana.

acusados de pequeñoburgueses, contrarrevolucionarios, aprovechadores y muchas otras formas de reproche⁴¹.

Conclusiones

El gobierno de la Unidad Popular, encabezado por Salvador Allende, ha sido abordado desde diversas perspectivas históricas. Aquellas que van desde las relaciones internacionales, pasando por los temas políticos, económicos, sociales y culturales, hasta los que dicen relación con problemáticas nuevas, como el papel de las mujeres en el proceso de la vía chilena al socialismo, los estudiantes secundarios y los estudios subnacionales, es decir, aquellos relacionados con lo acontecido fuera de Santiago; sin embargo, siempre van quedando algunos temas, problemas y enfoques historiográficos desde los cuales acercarse a lo que fue aquel proceso histórico que vivió Chile entre los años 1970 y 1973, y del cual el 2020 se cumplieron 50 años del triunfo de Salvador Allende.

Uno de aquellos enfoques dice relación con la Historia Intelectual o la Historia de los Intelectuales, particularmente con la circulación de ideas, debate de las ideas y la producción del conocimiento, específicamente a nivel de publicaciones periódicas, léase diarios o revistas de circulación nacional y el rol que desempeñaron los intelectuales durante la Unidad Popular, concretamente los intelectuales de las izquierdas del período. Hablamos de izquierdas ya que, durante el gobierno de Allende, no podemos referirnos a una izquierda en específico o de manera particular, más bien en aquellos años convivieron a lo menos dos izquierdas, como lo ha señalado la literatura existente. Es por ello que, en ese terreno, la función pública de los intelectuales y su compromiso con la revolución vino a constituirse en una de las expresiones más características de lo que fueron aquellas izquierdas que pugnaron por la construcción del socialismo en Chile.

Estos intelectuales tuvieron en las revistas *Chile Hoy*, *La Quinta Rueda* y *Punto Final* algunos de sus principales espacios para expresar y dar cuenta de sus opiniones y puntos de vistas sobre lo que estaba aconteciendo no solo en Chile, sino en América Latina y el mundo en general. Pero no es solo aquello, las revistas antes citadas pasaron a constituirse en espacios desde los cuales los intelectuales se plantearon abiertamente en cuanto apoyar los procesos de

⁴¹ *Punto Final*, Santiago, 11 de mayo de 1971, p. 32; *Punto Final*, Santiago, 3 de agosto de 1971, p. 23; *Punto Final*, Santiago, 8 de agosto de 1971, p. 28; *Punto Final*, Santiago, 28 de septiembre de 1971, p. 22.

transformación social que por aquellos años se buscaba implementar en Chile y en América Latina. Marcados fuertemente por las ideas del marxismo, los intelectuales entendieron que la disputa por la construcción del socialismo no solo debía darse en el terreno electoral y político, sino también en el campo cultural.

Lo anterior nos ha llevado a plantear como objetivo central el análisis de estas revistas como actores políticos de primer orden, en un escenario en el cual la batalla cultural por la construcción de hegemonía pasó a convertirse en uno de los motivos que llevaron a los intelectuales de las izquierdas a asumir posiciones de compromiso político ante un escenario donde la neutralidad o las posiciones ambiguas no tenían cabida o espacio.

Es, precisamente, durante el Chile de la Unidad Popular cuando las revistas se convirtieron en canales de expresión y actos del habla, por medio del cual los intelectuales hicieron sentir y valer su pensamiento y compromiso. Los escritos, reflexiones, puntos de vistas, columnas y análisis de contingencia o coyuntura marcaron el devenir del accionar de los intelectuales del período. En aquel ejercicio, tanto *Chile Hoy*, como *La Quinta Rueda* y *Punto Final* pasaron a desempeñar un papel central como dispositivos de difusión de las ideas marxistas en Chile.

Para estos intelectuales y las revistas citadas, la batalla cultural por la construcción de sentido no fue un mero apéndice del proceso que buscaba impulsar el gobierno de Salvador Allende, formaba parte central en la construcción de un proyecto hegemónico que diera dirección cultural, política y valórica a la población o a quienes se sentían identificados con las transformaciones que, no exentas de problemas, controversias y contradicciones, impulsaba Allende y la Unidad Popular.

Por tal motivo, el estudio y análisis de estas revistas y de quienes transitaban por sus páginas, viene a dar cuenta del compromiso político que asumieron determinados intelectuales. En segundo lugar, la revolución debe conllevar un proceso de concientización de las masas y, en ese trabajo, las revistas y los intelectuales cumplen un papel central. Por último, estas revistas deben ser vistas y analizadas como actores políticos de primer orden, en una época donde el compromiso con la revolución formaba parte de la vida cotidiana de aquellos que se situaron en el amplio mundo de la izquierda chilena.

En consecuencia, si queremos estudiar los derroteros que tuvieron los discursos, las propuestas y el lenguaje utilizado por la izquierda de los años sesenta y setenta, es fundamental adentrarse en el estudio y análisis de estas y otras revistas, en un período donde la discusión y el debate ideológico formaban parte del día a día.

Bibliografía y fuentes

BIBLIOGRAFÍA

- ALBURQUERQUE, GERMAN, “Tercermundismo en el Cono Sur de América Latina: ideología y sensibilidad. Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, 1956-1990”, *Revista Tempo e Argumento*, Vol. 6, N° 13, Florianópolis, 2014, pp. 140-173.
- ALBURQUERQUE, GERMAN, “Una revista en Guerra Fría: Mundo Nuevo y el campo intelectual latinoamericano, 1966-1968”, *Pensamiento Crítico, Revista Digital de Historia*, N° 16, 2010, pp. 1-16.
- ALBURQUERQUE, GERMAN, *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría*, Santiago, Ariadna, 2011.
- ALTAMIRANO, CARLOS, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.
- ALTAMIRANO, PEDRO, “Intelectuales del Cono Sur en Chile. Perfil de los científicos sociales brasileños y argentinos radicados en la Universidad de Concepción (1967-1973)”, *Divergencia, Revista de Historia y Ciencias Sociales*, Año 8, N° 13, Viña del Mar, 2019, pp. 29-49.
- BEIGEL, FERNANDA, “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana”, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Año 8, N° 20, Maracaibo, 2003, pp. 105-115.
- BOURDIEU, PIERRE, “Las condiciones sociales de la circulación de las ideas”, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 2003 (1990), pp. 159-170.
- BRADU, FABIENNE, *Cambiamos la aldea. Los encuentros de Concepción 1958, 1960, 1962*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, Universidad de Concepción, 2019.
- BRICEÑO, LAURA, “Escritores intelectuales y la política cultural en el gobierno de Salvador Allende”, *Revista Izquierdas*, N° 49, Santiago, 2020, pp. 292-311.
- CABIESES, MANUEL, *Punto Final. Autobiografía de un rebelde*, Santiago, Punto Final, 2015.
- CÁRDENAS, JUAN, “Una historia sepultada: el Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile, 1965-1973 (a 50 años de su fundación)”, *De Raíz Diversa. Revista Especializada en Estudios Latinoamericanos*, Vol. 2, N° 3, México D.F., 2015, pp. 121-140.
- CASALI, ALDO, “Reforma Universitaria en Chile, 1967-1973. Pre-balance histórico de una experiencia frustrada”, *Intus-Legere Historia*, Vol. 5, N° 1, Santiago, 2011, pp. 81-101.
- CASTAÑEDA, JORGE, *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, Buenos Aires, Ariel, 1994.
- DELGADO, FELIPE, “Diálogo de sordos (y serios). La cultura política chilena ad portas al Golpe de Estado”, *Revista Austral de Ciencias Sociales*, N° 16, Valdivia, 2009, pp. 57-72.

- DEVÉS, EDUARDO, “Los científicos económico sociales chilenos en los largos 60 y su inserción en las redes internacionales: la reunión del foro tercer mundo en Santiago en abril de 1973”, *Universum*, Año 21, N° 1, Talca, 2006, pp. 138-167.
- DEVÉS, EDUARDO, *El pensamiento latinoamericano en el Siglo XX: desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*, Buenos Aires, Biblos, 2003.
- DURÁN, DANIELA, “Redes intelectuales y circulación de modelos de desarrollo: La cooperación técnica francesa en la reforma agraria chilena (1964-1973)”, *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, Vol. 22, N° 1, Santiago, 2018, pp. 75-108.
- FERNÁNDEZ, MANUEL, “Los intelectuales de izquierda y la construcción de un imaginario revolucionario para Chile y América Latina. La Revista Punto Final entre 1965-1973”, *Tiempo Histórico*, N° 2, Santiago, 2011, pp. 65-84.
- FERRERO, ÁNGEL, “La construcción del hombre nuevo: de la Revolución de Octubre al post-comunismo. Una perspectiva histórica”, *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, N° 33, Madrid, 2002, pp. 1-28.
- FUNES, PATRICIA, *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina*, Madrid, Turner, Ciudad de México, El Colegio de México, 2014.
- GILMAN, CLAUDIA, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- LOZOYA, IVETTE, “Cientistas sociales de izquierda y las discusiones sobre el poder en Chile (1970-1973)”, *Universum*, Año 31, N° 2, Talca, 2016, pp. 99-118.
- LOZOYA, IVETTE, “Pensar la revolución: Pensamiento latinoamericano e intelectuales en el MIR chileno (1965-1973)”, *Revista de Humanidades*, N° 27, Santiago, 2013, pp. 173-197.
- MACCIONI, LAURA, “De cuando el rojo se fue volviendo gris: Revolución cubana, intelectuales y literatura”, *Astrolábio Nueva Época*, N° 21, Córdoba, 2018, pp. 80-104.
- MACQUADE, FRANK, “Mundo Nuevo: el discurso político en una revista intelectual de los sesenta”, *Revista Chilena de Literatura*, N°42, Santiago, 1993, pp. 123-130.
- MARCHESI, ALDO, *Hacer la revolución*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.
- MARCHESI, ALDO, “Imaginación política del anti-imperialismo. Intelectuales y política en el Cono sur a fines de los sesenta”, *EIAL: Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 17, N° 1, Tel Aviv, 2006, pp. 135-160.
- MOULIAN, TOMÁS, *Democracia y Socialismo en Chile*, Santiago, FLACSO, El Gráfico, 1983.
- MULAS, ANDREA, “Las relaciones político-jurídicas entre Lelio Basso y el Ceren en los años de gobierno de la Unidad Popular”, *Universum*, Vol. 20, N° 1, Talca, 2005, pp. 80-87.
- NERCESIAN, INÉS, *La política en armas y las armas de la política, 1950-1970*, Buenos Aires, CLACSO, 2013.
- PÉREZ, CLAUDIO Y PABLO POZZI, *Por los caminos del Che. Las guerrillas latinoamericanas 1959-1990*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2011.

- PÉREZ, CLAUDIO, “Hacia una historia de la izquierda chilena desde una perspectiva transnacional: La vía chilena al socialismo y los procesos políticos latinoamericanos, 1952-1970”, *Revista Izquierdas*, N° 48, Santiago, 2019, pp. 22-43.
- PONZA, PABLO, “Comprometidos, orgánicos y expertos: Intelectuales, marxismo y ciencias sociales en Argentina (1955-1973)”, *A contra corriente*, Vol. 5, N° 2, Raleigh, Estados Unidos, 2008, pp. 74-98.
- PONZA, PABLO, “Los sesenta-setenta: intelectuales, revolución, libros e ideas”, *Revista Escuela de Historia*, Vol. 1, N° 6, Salta, 2007, pp. 137-156.
- PONZA, PABLO, *Intelectuales y violencia política 1955-1973. Historia intelectual, discursos políticos y concepciones de lucha armada en la Argentina de los sesenta-setenta*, Córdoba, Argentina Babel Editorial, 2010.
- PRISLEI, LETICIA. *Polémicas intelectuales, debates políticos: las revistas culturales en el siglo XX*, Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2015.
- ROJAS, RAFAEL, “El concepto de revolución en Cuba”, *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, N° 23, Quilmes, 2019, pp. 189-196.
- SANDOVAL, MARINA, *Género, feminismo y masculinidad en América Latina*, El Salvador, Ediciones Böll, 2001.
- SARLO, BEATRIZ, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, *América: Cahiers du CRICCAL*, N° 9-10, Bruxelles, 1992, pp. 9-16.
- TERÁN, OSCAR, *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Ediciones Punto Sur, 1991.
- VEZZETI, HUGO, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2013.
- VIDAL COSTA, ADRIANE, *Intelectuais, política e literatura na América Latina*, São Paulo, Editora Alameda, 2009.
- ZAMORANO, CÉSAR, “La revista Cormorán y su contribución al debate en torno a la cultura en la Unidad Popular”, *Revista Izquierdas*, N° 30, Santiago, 2016, pp. 215-235.
- ZAROWSKY, MARIANO, “Reforma y revolución: la vía chilena al socialismo en la nueva izquierda intelectual argentina”, *Revista Izquierdas*, N° 29, Santiago, 2016, pp. 133-148.

REVISTAS

Punto Final, Santiago, 1965-1973.

Chile Hoy, Santiago, 1972-1973.

La Quinta Rueda, Santiago, 1972-1973.

